



RICARDO KREBS VIVE ILUSIONADO

—¿Y a usted le gustan los cambios?

—Sí y no. Por una parte quiero estabilidad. Estoy feliz con mi matrimonio que ha durado más de cuarenta años y no he variado profesionalmente. Por otro lado, he tomado decisiones drásticas. En 1970 acepté una cátedra en la Universidad de Colonia en Alemania, lo que significó liquidar toda mi casa. Fue difícil decidirlo.

Tiene pendiente su deseo de jubilar:

—Este año cumpla setenta y cinco años y sé que en la Universidad me aprecian. Además está la parte

económica, aunque por el Premio Nacional recibo una renta vitalicia. Por ahora, reduje mis actividades.

Y aumentó sus entretenciones:

—Con mi mujer concluimos que tenemos que darnos mucho en este tiempo. Tiene toda la razón al pedirme que me dedique a ella. Pero seguiré trabajando porque así uno se mantiene joven, o al menos, se hace esa ilusión...

Con la misma ilusión que pone en su pelea por domesticar los avances tecnológicos.

—Hasta la fecha, uso mi pluma

fuelle con mi reserva de tinta. La prefiero al lápiz pasta porque no se cansa la mano. Me resistí a usar la máquina de escribir porque se interponía entre mi cerebro y lo que quería escribir, no pensaba libremente. Mi mujer me estimuló a usar la tecnología y ella misma me regaló un computador. Me hice su amigo y logré lo que nunca pude antes: escribo y el pensamiento se desarrolla.

Se hizo demasiado amigo.

—Mi señora, entre broma y en serio, maldice el momento en que me

lo regaló. Dice que el computador se ha convertido en mi amante y que está desplazando a la legítima esposa. Yo trato de corregir, compartir mis amores.

Su meta es ser un caminante eterno:

—El ser humano tiene que vivir como humano, tomar decisiones, tratar de hacer el bien y evitar el mal. El hombre es un viador, un caminante que intenta crear su mundo y lo hace a través de la familia, la profesión. Busca realizarse en esos planos. En ese sentido, mi vida ha sido muy plena.

N I apoderados ni escolares conocen su cara, pero escuchan su nombre completo y alfiro exclaman:

"¡Ah!, es el señor que hace los libros de historia". A él le pasa algo parecido: se resignó a recordar caras, pero no nombres, a conocer nombres, pero no saber a quién aplicárselos. Ante esa ensalada de caras y nombres huérfanos, el historiador Ricardo Krebs encontró una fórmula: "Si no estoy seguro mejor me callo".

Si va con su esposa Cecilia, tanto mejor: "Ella me dice, a ese fulano saludalo con un abrazo y de este otro mejor córrete para un lado".

Su mujer también le ayuda a tomar decisiones porque él las posterga irremediamente:

—Pone orden en los asuntos prácticos de la vida, decide, por ejemplo, en qué bien raíz invertir. Es mi ministro de hacienda. Yo soy más hombre de escritorio, contemplativo.

Como ejemplo: demoró ocho años en darse cuenta de que se había enamorado. Cuando su señora estaba a punto de darle el sí a otro, le pidió matrimonio.

—Descubrí que perderla era demasiado perder. Nos casamos cuatro meses después.

Viven en un departamento en Suecia con vista hacia la cordillera, pero el esmog le roba paisaje. Para peor, pronto no verá nada de nada porque le plantarán un edificio al frente. Igual no corta raíces santiaguinas:

—Todavía se pueden mantener vínculos personales y en poco tiempo se llega a la costa.

Vive los encantos culturales:

—Tenemos abono a los conciertos y a las óperas en el Teatro Municipal; la música en Chile posee nivel internacional. En Nueva York vimos "La Flauta Mágica", nada menos que con Plácido Domingo; las nuestras no tienen nada que envidiarle a las del Metropolitan Opera House.

No pretende callar los problemas de la capital.

—El tráfico, la falta de disciplina de los conductores de automóviles, el esmog, la pobreza. Mi vida transcurre en el barrio alto y prácticamente jamás voy a poblaciones como José María Caro; por eso, viviendo donde yo vivo uno se hace la ilusión de que Chile es un país desarrollado.

—¿Cómo aterrizó la ilusión?

— Toda persona de cierta sensibilidad y, en mi caso me ayuda mi profesión, abre los ojos. Basta con leer los diarios para ver la gravedad de los problemas sociales.

Se estremeció con la miseria de Calcuta:

—La gente duerme en plena calle; no tienen nada. Vi a una mujer dando a luz en una acera y nadie se preocupaba de ayudarla!

Desarrolló sensibilidad escuchando a Germán, su padre nacido en Chile,

pero instruido en un liceo de Alemania.

—Hablaba alemán, castellano, inglés y francés. Hasta avanzada edad recordaba versos en latín, poesías de Horacio y Ovidio.

Una familia de conversas filosóficas a la hora de sobremesa:

—Si no sabía algo, me mandaban a ubicar el tomo de la enciclopedia para que saliera de la ignorancia.

A los 18 años fue a estudiar historia a Alemania. Al volver, quería ser profesor, pero "no conocía a nadie y nadie me conocía a mí".

Tuvo buen ojo: como vivía en una pensión del Arzobispado, se hizo amigo del sacerdote que luego fundó la Escuela de Pedagogía de la Universidad Católica. Lo contrataron como profesor. Ya cumplió cincuenta años como docente en la Universidad, "realmente estoy casado en un matrimonio feliz", y recibió el Premio Nacional de Historia. Pese a su experiencia, nunca improvisa:

—Aunque haya hablado no sé cuántas veces sobre un tema igual me preparo. Algunos dicen que me sale la disciplina alemana; creo que es una cualidad de cualquier persona que toma en serio la vida.

Goza el contacto con sus alumnos:

—No sólo a través del estudio.

Muchos llegan a mi oficina para contarme alguna tragedia sentimental. Me satisface enormemente porque el profesor debe ayudar al estudiante a afirmar su personalidad. La juventud es una etapa muy difícil; la sociedad ofrece tantas posibilidades! Un hombre, como yo, que ha vivido una larga vida, tiene la obligación de darle consejos.

—¿Con cuáles es más fácil la tarea?

—Cuesta estimular a aquellos que no ponen de su parte. Podrá ser injusto, pero es un hecho que el alumno inteligente, interesado, ofrece mayores posibilidades para entrar en comunicación con él.

LA MALDICION

Es un historiador que vive la historia. Fue testigo del apogeo del nacionalsocialismo en Alemania.

—Aprovechando que el Führer inauguraba un tramo de la autobahn me puse al costado del camino y cuando pasó frente a mí tuve la sensación de que me miraba intensamente. Lo comenté con otras personas y todos decían: "No, me vio a mí, me vio a mí". Tenía una fuerza hipnótica que aplastaba, impresionaba a la gente.

Recuerda el día en que tomó la bicicleta para irse a clases: "Notaba las calles desiertas, a la gente consternada...". Había estallado la Segunda Guerra Mundial.

En su presente cayeron los socialismos, hay guerra en Yugoslavia... "Vivimos un tiempo de cambios permanentes, aunque creo que todo hombre, en el fondo, es conservador".

Ocho años se demoró en saber que amaba a Cecilia. Cuando ella le dio el sí a otro, él supo que "perderla era demasiado perder".

Aunque mil veces haya hablado sobre un tema, jamás improvisa: "Tomo en serio la vida".

Y tan en serio como habla de la gran historia, habla también con sus alumnos sobre las historias del corazón. "Un hombre como yo, que ha vivido una larga vida, tiene la obligación de dar consejos".

Por KARIM GALVEZ.

Fotografía: PATRICIO BAEZA.

18